

Y si las tropas de tierra que mandó contra Enrique IV de Francia y la invencible armada que mandó contra Isabel I de Inglaterra, las mandara contra las Provincias Unidas, sometiéralas de seguro, sujetas por la fatalidad de su poder y de su fuerza. Pero su dogmatismo religioso no le permitía consentir que la doctrina calvinista se asentase á sus anchas en Holanda; que la doctrina luterana se subiese sin sus protestas al trono de Inglaterra; que la doctrina semi-herética del hugonote convertido por una corona terrenal á un catolicismo bien poco exaltado se apoderase de Francia; y á este dogmático empeño de su fe, inmoló implacable la integridad de su corona patrimonial, como habia sacrificado, implacable Abraham, sin emisario y ángel del cielo que lo contuviese, la existencia misma de su primogénito. Las provincias valonas, con las cuales no tuvo disentimientos religiosos, quedaron bajo su dominio; pero las Provincias Unidas, con las cuales su dogmatismo le impedía todo acomodamiento, alcanzaron una completa independencia. Entregó el fragmento de corona salvado del naufragio á su hija Isabel Clara Eugenia, casándola con triste archiduque de Austria; pero ni con esto siquiera evitó la guerra, pues tuvimos que hacer en favor de aquel feudo ajeno á nosotros tantos sacrificios como los que hicimos para conservarlo cuando formaban parte integrante de nuestro propio Estado. En Mauricio de Nassau encontramos un enemigo tan formidable como en su predecesor Guillermo de Orange. Gastamos nuestras riquezas en dispendios inútiles por aquella tierra donde habíamos vertido la sangre mas pura de nuestras venas y el oro mas rico de nuestras arcas. Tres años sostuvimos el sitio de Ostende; y solo alcanzamos que nuestro marqués de Espínola se granjeara nombre tan glorioso como el nombre de nuestro duque de Parma en el sitio de Amberes. Pero al fin nos contentamos con guardar para los príncipes descendientes de nuestros dominadores las provincias valonas que nos habian de costar aun muchos sacrificios, y reconocimos la independencia de las Provincias Unidas en cuyo seno se organizó una República que, consagrando el principio de la revolucion religiosa, señaló tambien el comienzo de nuestra irremediable decadencia. Una idea y solo una idea venció toda nuestra fuerza.

## CAPITULO XVI

### CONSECUENCIAS DE LA REACCION UNIVERSAL

La revolucion y la reaccion religiosas, esas dos fuerzas vivas en conflicto continuo durante la décimasexta centuria, no habian de tener en parte alguna conflictos tales como en Francia, nacion extendida al centro de Europa, y por lo mismo, punto capital, donde se arremolinaban, como en trombas, las ideas en lucha. El Protestantismo predominaba en el Norte de Alemania con vigor tan grande como el Catolicismo en España. Suiza, dividida en cantones muy ortodoxos como Lucerna y Friburgo, cantones muy revolucionarios como Neuchatel y Ginebra, tenia separados estos cantones y divididos en pequeñas nacionalidades, por lo cual no podia surgir la discordia religiosa con la fuerza interior y los accidentes varios que en la unida y compacta Francia. Inglaterra misma, donde los profundísimos cambios del siglo décimosexto dieran lugar á tantas peripecias, veia sucederse con regularidad estas peripecias, y no coincidian atropelladamente como en Francia. Tras el catolicismo exaltado del Rey teólogo, aquel enemigo implacable de Lutero, sobrevino el anglicanismo egoista de ese mismo apasionado monarca, híbrido producto de sus pasiones en cólera mas que de sus ideas en ejercicio. Al anglicanismo del octavo Enrique sucedió el exaltado luteranismo de su heredero; al exaltado luteranismo de éste sucedió la reaccion violenta de María tan cruel como imprudente; á la reaccion de María la revolucion de Isabel, no sin vacilaciones é incertidumbres, y con oposicion radical á los exagerados en la nueva fe; pero aquí halló Inglaterra su base inmovible y la firme piedra sobre cuya solidez se asientan y descansan las altas instituciones his-



tóricas. Ya estaba resuelta la situación, que debían tener y guardar todas las naciones en el asunto religioso, cuando Francia no se había decidido aun. Conservaba Italia su catolicismo semi-artístico y España su catolicismo semi-árabe; conservaban esta misma religión, por influencias de Italia y España, Estados poderosos del Mediodía de Alemania como Austria y Baviera; sosteníanse las regiones germanas del Norte dentro de la nueva fe, sustentada por los soberanos de Sajonia, de Hesse, de Brandeburgo, y otros; tomaba cada canton helvético la doctrina mas en consonancia con sus antecedentes, con su complexion, y con su conciencia; surgía el cristianismo republicano de la democrática Ginebra, ya que por muerte de Savonarola, no había podido surgir de la democrática Florencia; extendíase, á la vez, con empuje grandísimo este nuevo cristianismo por Escocia, merced á Knox, y por Holanda merced á tantos calvinistas allí guarecidos; Bélgica se daba resueltamente al catolicismo, mientras Holanda y Zelanda se daban con igual resolución al calvinismo; y Francia estaba indecisa entre una y otra doctrina, apoyadas ambas en familias poderosas y enemigas, encabezadas por Duques cuasi soberanos, por Condestables cuasi dictadores, por Almirantes cuasi Sumos sacerdotes, por monarcas tan vacilantes é inciertos como la nación misma, y que ahora excitaban á los hugonotes contra los católicos y á los católicos también contra los hugonotes; ahora se unían á la protestante Inglaterra contra la católica España y á la católica España contra la protestante Inglaterra; ya daban príncipes á las sublevaciones de Orange ó ya generales á las resistencias de Felipe; concluyendo los amenazados de morir en el degüello por calvinistas pasándose á la religión ortodoxa para granjearse una corona, y diciendo á quien quisiera oírsele que París bien valía una misa, después de haber creído la comunión una idolatría y al Papa un Ante-Cristo. Será efecto indudablemente de su posición geográfica, de su temperamento nervioso, de su inspiración súbita, de sus propensiones á recibir todas las ideas y á encarnarlas en el verbo divino de su reveladora palabra, mas lo cierto es que Francia tentó mucho el vado antes de tomar ninguna resolución extremada, y anduvo incierta por espacio de un siglo entero entre las dos religiones combatientes, cual si las ideas venidas del Norte y las ideas venidas del Mediodía chocasen como dos vientos contrarios en su perpleja conciencia.

Parece imposible que la nación de las iniciativas careciera de tal virtud en este momento supremo: ella, que había echado con el pacto de Carlo-Magno las bases fundamentales de la Edad Media; ella, que había erigido con los monjes de Cluny el Pontificado católico y la unidad religiosa en el siglo undécimo; ella, que había encabezado las cruzadas, ese gran movimiento de renovaciones continuas con Pedro el Ermitaño y Godofredo de Bouillon; ella, que había por su Felipe el Hermoso y por la disolución de los Templarios diseminado á los cuatro vientos, los gérmenes del Estado civil, y laico; ella dejó, como si estuviera paralizada, en los siglos décimoquinto y decimosexto, la iniciativa de los grandiosos descubrimientos á Portugal, y la iniciativa del nuevo arte á Italia, y la iniciativa de la nueva religión á Alemania, y la defensa del Catolicismo á España, y la fundación del régimen parlamentario á Inglaterra; necesitando sin duda recoger todas sus fuerzas para llegar á las dos obras mayores del espíritu humano, y á las consecuencias capitales de la Reforma y del Renacimiento, á la humana filosofía del sentido común y á la Revolución francesa, por cuya virtud se devolvió á la conciencia su intimidad interior, al hombre todos sus naturales derechos, y á las naciones su inmanente soberanía. Entonces, en la crisis religiosa, Francia no quiso decidirse ni por el catolicismo ni por el protestantismo, incierta entre los dos polos, como la brújula en el Ecuador. Francisco I intentó reemplazar la religión de la nueva y la religión de la vieja fe con la religión del arte; y no pudo conseguirlo. En su tiempo comenzaron las persecuciones religiosas; ardieron las hogueras devoradoras de los nuevos mártires; verificáronse los enlaces de él mismo y de su familia con las princesas de sangre italiana y con las princesas de sangre española, entregadas unas por el Emperador y entregadas otras por el Papa; mas al mismo tiempo, Francisco I envía su anillo á Soliman, excita las resistencias del Rey británico á la Iglesia católica, protege la liga de los príncipes luteranos y jura el exterminio de la nación española, brazo formidable del imperio católico y aliento universal de la reacción europea. Merced á tal incertidumbre arriba, formáronse abajo dos formidables partidos, mas bien políticos que religiosos, pero con la religión por divisa; el partido de los Condés y de los Colignis, calvinistas, y el partido de los Lorenas ó de los Guisas, exclusivamente católico. Pero este segundo



partido, el de los Guisas, intentó en sus comienzos una trama que no tenía razón de ser, mas urdida por el sentimiento que por el raciocinio, intentó una escuela católica, una política católica, una guerra católica, sin España y hasta contra España. En su ceguera no llegó á comprender que todo cuanto debilitase á España, debilitaba también al catolicismo, porque su fuerza única estaba en la universalidad de nuestro Imperio. En sus comienzos el partido de los Guisas logró, valiéndose de las supersticiones patrióticas del Papa Caraffa indisponer al Pontificado ortodoxo con el Imperio español, pero estas luchas de los dos elementos constitutivos del catolicismo entonces debieron durar poco, pues á la universalidad de los Pontífices respondía tan solo la universalidad de nuestro imperio. Los Guisas lograron que todo un Duque de Alba sitiase á Roma y que todo un Paulo IV tuviese condotieros luteranos; lograron tocar casi el codiciado trono de Nápoles, que poseía la antigua casa de España; lograron dominar en el ánimo de Enrique II y dirigir bajo su nombre á Francia; pero católicos por interés, no comprendieron cómo los intereses del catolicismo estaban todos librados á las fuerzas de España, y dejaron en grande y suelta libertad á los protestantes, los cuales compusieron un ejército dentro del ejército y dentro del Estado francés otro nuevo Estado.

Pero los protestantes franceses, á su vez, cometieron otro error trascendental y gravísimo, entregando la dirección de sus fuerzas y la jefatura de su partido á príncipes coronados y régios. El protestantismo francés hallábase inspirado en el protestantismo calvinista. La Cena jamás fué para los franceses, verdaderos hugonotes, lo que fuera para Lutero; la Cena tenía en su doctrina el carácter tan solo de una conmemoración y no de un resto de Sacramento. La presencia real para ellos había desaparecido del pan y del cáliz, á cuya desaparición debía seguir un sacerdocio mucho mas laico y una doctrina mucho mas republicana que la doctrina y el sacerdocio de Lutero. Así el calvinismo había tomado en todas partes el carácter profundamente democrático de la gran ciudad, en cuyo seno brotara y creciera. Holanda, cuya revolución iniciara un verdadero patriciado; Escocia, unida con la realista Inglaterra por tantos lazos de sangre y de tradición; América, donde si existían muchos puritanos, también existían muchos caballeros; la República inglesa misma y su gran protector, el severo Cromwell, dedujeron del calvinismo las conse-

cuencias sociales que debían deducirse, y lo elevaron á doctrina fundamental de las democracias, por resultar en su fondo un cristianismo republicano. República Inglaterra, república Ginebra, república mas tarde América, repúblicas todas las naciones, donde tuviera influjo el calvinismo; los calvinistas de Francia debían de haberse dejado llevar del instinto de conservación y erigir, á su vez, también una república, uniéndola con los calvinistas de Suiza y los calvinistas de Flandes y los calvinistas de Inglaterra y los calvinistas de Escocia, para componer así una liga y anfictionado de pueblos libres frente á la liga y á las monarquías de los reyes absolutos. Pocos hombres personifican la nueva fe con tanta grandeza como el sublime almirante Coligny. Diríase que lleva la conciencia como una llama sobre su frente; y en la conciencia las lenguas de fuego llovidas por el Espíritu Santo en el Cenáculo. Por su estatura gigantesca, por su ancha frente, por su enroscada blanquísima barba, por su semblante iluminado con relámpagos tempestuosos, diríase que Coligny era el Moisés de Miguel Angel en carne y hueso. Pocos hombres habían llegado á sentir y á comprender como él toda la fuerza del nuevo Cristianismo. Ninguno reunía en tanto grado el vigor de un guerrero con la caridad de un cenobita; y la fuerza de una complexión batalladora con la dulzura de un apostolado constante. Pero aquel hombre tenía una fidelidad inquebrantable á los reyes, como quien dice, á los enemigos mas implacables de su persona y á los contradictores mas radicales de sus creencias. Carlos IX, el monarca de la San Bartolomé, tuvo en el dulce almirante Coligny un perro fidelísimo. Aunque le golpeaba, Coligny volvía, herido y maltrecho, á sentarse á sus piés para defender con todas sus fuerzas la régia diadema, destinada por la implacable fatalidad á ser como la triste argolla de su garganta. Acabado, moribundo, casi extinto, con las balas de los realistas en el cuerpo, con las sombras de la muerte cayendo sobre sus ojos, todavía prestaba culto al tirano, que ya organizaba el degüello universal de todos los suyos. Los protestantes franceses dieron á su partido por cabeza, ya un Condé, ya un Borbon, siempre un príncipe de sangre real ó un Rey en persona. ¿Qué había de suceder á los incautos? Los enemigos comprenden el poder y la fuerza de las ideas mucho mas que cuantos las profesan y mantienen. Los reyes se asomaron al fondo del Calvinismo; y vieron dibujarse, tras su trasparente superficie, con